6 ALBACETENSES ILUSTRES

Juan Bravo Castillo

Matías Gotor
Maximiliano Martínez
Alberto Mateos
Benjamín Palencia
José Prat
José S. Serna

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Maximiliano Martínez

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ENTREVISTA A D. MAXIMILIANO MARTINEZ MORENO (*)

por Angel Cuevas.

UNA mujer de baja estatura, de edad ya un poco avanzada, pelo blanco peinado a la antigua y un rostro afable, nos abrió la puerta. Doña Laura, señora de Martínez Moreno, nos introdujo, tras nuestra presentación, en un ordenado despacho estilo renacimiento español, donde resaltaban varias estanterías repletas de libros. A primera vista, y mientras aguardábamos la llegada de nuestro entrevistado, pudimos observar una completa colección de los clásicos castellanos, conservada en perfectas condiciones, una enciclopedia jurídica y numerosos libros de leyes. Cuadros, estatuas y otros objetos adornan el resto de un cuarto de trabajo acogedor.

Maximiliano Martínez durante su exilio parisino, enero de 1957.

Y sin apenas darnos tiempo a recoger algunos detalles más, Maximiliano Martínez Moreno, abogado, último presidente del Ateneo albacetense, republicano ilustre, apareció con un andar de pasos quedos, seguros, como la impresión que ofrece su persona. Tras advertirnos que su vida no tiene prácticamente interés –"ya ha pasado a la historia", nos dijo–, nos invitó a sentarnos en un cómodo butacón, al lado de la ventana que da a la calle Marqués de Villores.

Y como si se tratase de un abuelo que cuenta mil historias a sus nietos –un abuelo que ha soportado muchos años de cruel exilio–, comenzamos a charlar sobre una vida que ha conocido más el sufrimiento que el placer, más la incomprensión que la afectividad, más el dolor que la dicha.

(*) Esta entrevista se publicó en el Diario La Verdad, el 4 de dicimbre de 1977.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

– Mi despacho se nutría –dice sobre su trabajo– principalmente de cuestiones civiles, especialmente apelaciones en todo el territorio, pero también actué en lo criminal, en muchos asuntos.

Maximiliano Martínez nace en Albacete en 1899, en el mes de enero. Hijo de un relator de la audiencia, más tarde secretario de sala y presidente del Ateneo, estudió por vocación la carrera de Derecho en la Universidad de Murcia, comenzando a ejercer a los veintiún años, justo al límite mínimo para iniciar su profesión. Fue pasante de Antonio Gotor durante algún tiempo y secretario del Colegio de Abogados.

– Yo no era un político demasiado actuante, aun cuando lo fuera de ideas. Con el advenimiento de la República se produjo algo parecido a lo que sucede en estos momentos, sobre todo entre la juventud, para la cual suponía un estímulo, un deseo de intervenir. Yo, que tenía entonces treinta y dos años, me afilié pronto a un partido republicano.

José Sánchez y Miguel Angel Mateos Rodríguez dicen de él en su libro "Elecciones y partidos en Albacete durante la II República 1931–1936": "Los radicales–socialistas ortodoxos presentaron a Maximiliano Martínez Moreno, abogado y presidente del Ateneo Albacetense. Había pertenecido al reformismo melquiadista, separándose de los liberal–demócratas con anterioridad a la disolución de este grupo en Albacete. Político de intachable honradez, se había distinguido por sus intervenciones en mítines electorales, siempre mesurado y respetuoso con el contrario".

– Yo había pertenecido al Partido Reformista, que presidía don Melquiades Alvarez. Muchas de estas personas luego desarraigadas, en vista de lo que fue la dictadura de Primo de Rivera, tomaron posiciones netamente republicanas. Entre ellos estaba Azaña. Yo seguí el mismo rumbo. Entré en el Partido Radical Socialista que luego se fusionó con el Radical Demócrata, que presidía Martínez Barrio, constituyéndose bajo la presidencia de éste la Unión Republicana. Por consiguiente, continué allí. Fue entonces cuando se me quiso presentar como candidato por un grupo de amigos y no accedí, me negué a hacerlo en 1931, en las primeras elecciones. ¿Por qué causas? Pues porque no estaba todavía dentro de los partidos republicanos que habían de triunfar, que es donde me ofrecían a mí una candidatura y, francamente, me pareció que no era delicado, con vistas a ese señuelo muy halagüeño, el hacer un cambio brusco de filiación política.

Cuando llegaron las elecciones del 33, un poco más animado y ya

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

dentro del Partido Radical Socialista, fue candidato.

– Sin esperanza ninguna de triunfar porque en aquellas elecciones se había cometido la torpeza por los partidos netamente republicanos que estuvieron juntos en el primer bienio, de dividirse y, en vez de presentar candidatura común, ofrecímos candidaturas separadas. Los socialistas por un lado, siendo candidatos José Prat y Esteban Martínez Hervás y, por otra, Acción Republicana, que luego se llamó Izquierda Republicana, que era el partido de Azaña y presentaron a Mirasol y Velao, y Angel Yagüe y yo representando al Radical Socialista. Naturalmente, los republicanos perdimos la batalla y los socialistas también, por las minorías.

Albacete, marzo de 1979. Maximiliano Martínez conversando con José Prat en el acto del Partido Socialista para las Elecciones Municipales.

EN EL 36, MAS POSIBILIDADES

En 1936 hubo más posibilidades de éxito al presentar candidaturas conjuntas: Prat y Martínez Hervás como socialistas, Mirasol y Navarro, de Izquierda Republicana y Maximiliano Martínez por Unión Republicana.

– Salimos triunfantes. La lucha fue reñida de manera que las derechas perdieron, pero las dos candidaturas que eran de minorías, pues triunfaron en tres. Nosotros perdimos a uno de nuestros diputados, el señor Martínez Hervás.

A pesar de que Maximiliano Martínez nos cuenta todas estas cosas con un hablar lento, casi musical, a veces su conversación adquiere ra-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

pidez, como por ejemplo cuando no dice que a mediados de la guerra le nombraron consejero de estado.

– Consejero de estado– vuelve a repetir en voz más baja con la mirada perdida en el recuerdo.

Le pedimos que nos de su opinión sobre el borrador de la constitución de la Monarquía, pero nos responde que no ha leído más que unas líneas generales.

En Méjico, abril de 1943.

– La constitución republicana declara con mucha precisión todas las garantías de la persona humana, los derechos del hombre y establece el sistema unicameral, a diferencias de la constitución que se proyecta ahora, que ha de ser bicameral. En algunos puntos yo no estaba conforme con la republicana. La solución que dieron al problema religioso no me satisfizo: la encontré demasiado exagerada. Debió haberse negociado un concordato. Se hubiera llegado a menos extremosidad y logrado el fin que se deseaba: que el Estado no tenga religión –porque el Estado no es una persona, es un ente jurídico– que fuera laico, lo que no quiere decir ateo. Significa que su función es meramente temporal y esto entra dentro de la doctrina de la Iglesia. Por lo demás, la constitución era magnífica ya que se ocupaba de la infancia, de la mujer –le concedió el voto, que antes no lo tenía– y otras muchas cosas

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

referentes a la declaración de derechos de la persona humana. Supongo que la nueva recogerá muchos de estos principios.

Y vuelve a recordar, haciendo gala de una prodigiosa memoria, algunos aspectos de la constitución republicana, a la que califica de avanzada cuando la compara con la anterior monárquica.

– Se estableció un principio que no estaba en la constitución anterior, que era el de la autonomía de las regiones, en donde se precisaba con bastante claridad y buen juicio el procedimiento que se había de seguir para poder conceder, con garantías suficientes para el Estado, dicha autonomía, con objeto de que fuera un sentimiento pasajero y poco formal. Se necesitaba primero que la región acordase solicitar la autonomía por medio de los ayuntamientos y con un cierto número de votos. Después era necesario un referéndum, una consulta popular, debiendo haber una mayoría elevada de dos terceras partes. Eso no era nada más que para pedirla porque eran las Cortes quienes debían de decidir.

Le preguntamos a continuación si por entonces había, de alguna manera, una conciencia, aunque fuera mínima, para formar la región manchega.

– En realidad no recuerdo que se hablara de ello. Esto ha surgido ahora con mayor vigor como consecuencia, creo yo, de que se ha excedido el rigor en el combatir las autonomías regionales, y no solamente las autonomías, sino hasta aquellas manifestaciones como la lengua que son propias de un país. Usted sabe que con el advenimiento del régimen franquista se prohibió la lengua en catalán e, incluso, el habla. Naturalmente, la ley del péndulo viene después con una reacción contraria donde también se exceden las peticiones. Ahora observo que van proliferando regiones que no están cuajadas todavía, a mi modo de pensar.

EL ULTIMO PRESIDENTE DEL ATENEO

Maximiliano Martínez fue presidente del Ateneo de Albacete en 1933 y reelegido en el 34 y 35, de modo que cuando sobrevino el golpe de estado nacionalista aún lo era. Nos cuenta emocionado las actividades que este centro de cultura realizaba por aquella época.

– Desde luego se podría decir que el Ateneo significaba la vanguardia cultural de Albacete, ya que entonces no había más que un solo instituto; tenía en ese sentido más quehacer que ahora es que hay

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

otras muchas manifestaciones promovidas por un ministerio de Cultura. Hubo conferencias muy interesante y jamás se hizo discriminación de ideologías, ni para los conferenciantes. Jamás se dio el caso de una nota desagradable, ninguna interrupción, ningún reproche y ninguna nota impertinente. Pasaron por su tribuna personas como Menéndez Pallarés, José Canalejas, la condesa de Pardo Bazán, el escritor Benavente, el historiador Altamira, Ossorio y Gallardo del Foro, Bergamín, De la Cierva, Albornoz, Ruiz Funes, Jiménez de Asúa; médicos como García Morente, Gómez Ferrer; críticos, filósofos y ensayistas como Américo Castro, San Martín y políticos como Prieto, Marcelino Domingo, José Antonio Primo de Rivera, Angel Pestaña, Rodolfo Llopis, José Prat y Fernando Valera. La labor a desempeñar ahora el Ateneo puede ser la misma.

Recibiendo, en el Ateneo de Albacete, de manos de Don Salvador Jiménez, por entonces alcalde de la ciudad, el nombramiento de Socio Honorario. Mayo de 1982.

Y evoca veladas musicales, recitales de poesía, las tertulias sobre diferentes temas, siempre acaloradas, las funciones de teatro, las lecturas en la completa biblioteca, los conciertos de la sinfónica, los juegos florales –en los que él ganó dos premios, aunque esto no le guste que lo mencionemos–, los bailes de máscaras en carnaval cuando las chicas apenas salían de casa y, cuando lo hacían, iban cogidas del brazo de su madre.

– La labor del Ateneo en algunos casos puede ser la misma, en otros puede mejorarse, –concluye Maximiliano Martínez con un cierto tono de esperanza–.

RECUERDOS DE LA GUERRA

– A mí me causó una gran tristeza lo que aquí pasaba y lo que sabía-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

mos que ocurría en otros sitios. Era inevitable, por lo menos en nuestra zona, porque los actos de salvajismo que se realizaron fueron materializados por grupos incontrolados. Ahora también los hay, calcule usted en una situación de guerra en donde en una porción de meses no hubo ni fuerzas de la policía. Es penoso el recuerdo de todo aquello. En el orden profesional, tanto yo como otros abogados hicimos cuanto pudimos por atenuar todos los rigores defendiendo en los tribunales populares y luego en los jurados mixtos, con la particularidad de que en los primeros convinimos en no aceptar defensas de nombramiento para no establecer discriminación en nosotros y aceptar simplemente las que nos correspondiera en turno de oficio. Yo tuve que intervenir en cinco o seis de aquellos juicios. Ninguno de mis defendidos fue condenado a muerte. Es posible que todos vivan ahora.

"¿Qué le hable de Franco? ¡Qué voy a decirle de él! De su persona no tengo nada que decir. Me pareció muy dura su represión; fue demasiado rigurosa su dictadura, que ni se pareció a la de Primo de Rivera. Era un buen militar y sus ideas le llevaron a realizar este acto. Siempre he creído que no hemos adelantado nada, absolutamente nada, y, aunque se hubiera adelantado, el precio hubiera sido demasiado caro. El progreso que puede haber existido es el de cuarenta años de progreso general en el mundo. Pienso que si hubiera estado La Pasionaria en el poder hubiera sido igual. Los países, de cualquier signo político, en este tiempo han progresado. Unos empujan a otros. Cuando aquí se mete el turismo es porque la gente tiene una vida económica más desahogada, y entran divisas y entra todo. Yo creo que sin la guerra, España no estaría hoy en el orden material tan mal como está ahora.

Durante la contienda, ya en los últimos momentos, Maximiliano Martínez tuvo que residir en Barcelona, dada su condición de consejero de estado. Cuando sobrevino el derrumbamiento pasó a Francia donde vivió tres años en un pueblecito sufriendo toda clase de dificultades. Invitado por el gobierno mejicano, en 1942 embarca en un buque francés hacia Casablanca y desde allí a Veracruz.

– En Méjico residí cuatro años. En Francia sobreviví dando algunas lecciones de español y recibiendo una cantidad insuficiente. En América la situación mejoró. Todos cuantos llegamos tuvimos facilidades para trabajar en lo nuestro. Allí nos ganó el optimismo al saber que los alemanes iban perdiendo la guerra: nos hizo pensar que la situación cambiaría en España. Busqué el modo de salir adelante sin meterme en el ejercicio profesional que era más arduo para lograr. En unos laboratorios franceses de medicamentos encontré colocación

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

para asuntos de propaganda. Así pasé hasta 1946, que fue cuando regresé a París pensando que tendría mejor comunicación con la familia, que se había quedado en España. Trabajé como profesor de español en la facultad de Letras de la capital de Francia, en algo parecido a lo que aquí es la universidad a distancia y, aunque regresé a mi país en el 72, continué como profesor hasta el 76.

Durante su largo exilio, Maximiliano Martínez tuvo relaciones con importantísimas personalidades de la política, las artes y las ciencias de la República, tales como Ruiz Funes, Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz –con quien mantiene correspondencia en la actualidad–, Martínez Barrio, Valera, Tarradellas, Laizaola y Casas. Con estos tres últimos tiene fotografías de cuando se conocieron, que nos enseña como si fueran un preciado tesoro para él. También hizo amistad con Pietro Nenni, viejo líder socialista italiano.

Le preguntamos por qué se negó a ser ministro de la República en el exilio, como le propusieron, y nos contesta que por la situación familiar.

– Aquí estaban mi esposa y mis dos hijos bien considerados y quise evitar cualquier relación derivada de mi nombramiento. La guerra pasó y ya está. Algunas personas muy significadas en el pasado régimen me han abrazado en la calle y han venido a verme.

ESCRITOR

Este hombre bondadoso y honrado, un poco sordo y con los ojos cansados, dedica algunas horas de su tiempo al ejercicio de las letras escribiendo artículos de impresiones, de recuerdos vividos en su exilio forzoso.

– ¿Qué si pienso editar un libro con ellos? Pues es que no confío en tener público para que me ayude, ni tampoco para pagar yo unos lujos de este tipo. Pero sí me gustaría, sí, tener este recuerdo, porque yo cultivé el periodismo siendo joven.

Y nos cuenta entonces que siendo estudiante de bachillerato editó junto a un amigo una hoja informativa con el nombre de "El Pataco". Más adelante, cuando estudia en Murcia colabora con varios artículos en "El Liberal" y en "La Verdad" y, en nuestra capital, en "El Defensor de Albacete".

– Yo creo en la buena fe de todos los que están actuando en la polí-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tica española –dice por último–: la situación resulta difícil, ya que en la democracia es así, y más cuando no ha tenido aprendizaje la gente. Es un momento, además, de exaltación en el que se están aprovechando otros elementos, que son simplemente gente, a quien le gusta el desorden. De todas formas, yo soy optimista, si bien me parece que falta en muchos políticos experiencia.

Maximiliano Martínez en 1984.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Amigo Maximiliano:
Perdóneme. Estoy archivando
todo el fárrago de nada. Recibí y
saboreé en su día su libro auto-
biográfico. He dejado para los
días festivos mi correspondencia.
Tengo un centenar de cartas sin
contestar por falta de ánimo.
Pero hago una escapada para
enviarle un abrazo y decirle
que voy terminando el año de
todo. Creo que la mía acaba
ya pronto. Tengo dispuesto que me
lleven a enterrar a Avila. Se borra
el centenario mío con 47 años fuera
de España. Siempre adorando
Avila y olvidándola. Pero siempre hijo
de ella y cada día más viejo. Crea
en mi cordial amistad. Siempre
recuerdo nuestras charlas para
Fines. Bruno. Todo es ya historia.
Otra vez perdón por mi silencio
Y un fortísimo abrazo de su amigo
de siempre
Claudio Sánchez Albornoz

12 Enero 1983

Tras su regreso a España, Maximiliano Martínez sostuvo una regular correspondencia con su amigo D. Claudio Sánchez Albornoz. Sobre estas líneas, la última carta que recibiera de éste.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

MI VIOLIN (*)

Lo mismo que el arpa de la rima becqueriana abandonada en el ángulo oscuro del salón romántico, está en un rincón de mi despacho mi violín, en cuyas cuerdas duermen, como en las de aquélla, las notas que esperan la blanca o morena mano que sepa arrancarlas.

Becquer no nos dice a quién pertenecía aquella arpa, ni nada de su historia. Yo voy a ser más explícito en cuanto a este violín, comenzando por decir que es mío, que lo estudié siendo niño, como pasatiempo, pero con ilusión, y que nunca lo he abandonado del todo, aunque ahora ya es muy de tarde en tarde cuando para mí solo lo cojo y arranco de él alguna melodía fácil antigua, que transporta mi espíritu a lejanos tiempos, con todo lo que ello comporta de añoranza y melancolía.

No tendría yo más de siete años cuando empecé a estudiar solfeo y recuerdo todavía algo chocante que al empezar me sucedió con mi profesor.

Sabía yo de memoria alguna de las primeras lecciones del Método Eslava, de oírselas cantar a una tía mía que me llevaba sólo tres años y que en su casa, donde yo pasaba algunas horas, las estudiaba; así es que cuando mi maestro en el primer día abrió el método por una de esas lecciones, la solfeé con acierto, por lo que sin más me señaló para otro día la siguiente, que también solfeé, y así hasta que llegamos a lo nuevo para mí, donde se descubrió que yo ni siquiera conocía las notas, y hubo que volver a empezar.

Un año después comencé el estudio del violín con nuevo profesor.

El primer violín que tuve me lo compró mi padre, un tres cuartas, de estudio, apropiado para un niño de mi edad. Pero dos o tres años después, habiéndose presentado en Albacete unos bohemios que traficaban en esa clase de instrumentos y habiéndolos conocido mi profesor, me proporcionaron por su mediación este violín de que hablo, ya muy de segunda o tercera mano, a cambio del mío primero y de algún

(*) Este texto y los siguientes han sido seleccionados del libro "Vivencias", del propio D. Maximiliano Martínez Moreno, libro que fue publicado en 1982.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

dinero.

Su historia la ignoro hasta que entró en mi poder, salvo que nació en Venecia y que ya patentizaba su vejez cuando lo adquirí hacia el año 1910. En mis manos ha sido luego su vida descansada y pobre, pero no deja de tener su historia, y es seguro que si su alma de madera lo fuera también de espíritu, sería sensible al amor con que lo he tratado y acaso él no cambiara los años que ha vivido conmigo modestamente por otros más brillantes en otras manos.

Recuerdo que hace ya medio siglo un periodista madrileño publicó una serie de reportajes acerca de personas entonces destacadas en las más diversas actividades, para conocer cómo y cuándo habían ganado su primera peseta, y que todas las respuestas fueron curiosamente interesantes. Claro es que la primera peseta ganada por cada cual no era precisamente una peseta. Pues bien, yo sí, hubiera podido decir que lo que gané por primera vez en mi vida fue una peseta y me la proporcionó mi violín, a la edad de doce años. Y fue así: el profesor de piano de mi hermano Fernando, que era organista de la Iglesia Parroquial de San Juan, hoy Catedral, necesitó un violinista para las Salves de los sábados por la tarde y me contrató y le serví durante algún tiempo, siempre con el mismo estipendio de una peseta, que para la época era una remuneración suficiente, sobre todo para un niño.

Reliquia de una amistad entrañable, Maximiliano Martínez junto a Alberto Mateos, era el año 1916.

Por la misma época, mi profesor de violín me incorporó a su pequeña orquesta para el Teatro Circo y el Salón Liceo, donde venían los tres o cuatro últimos días de cada semana las cupletista de moda; pero ahí sin que yo percibiera retribución alguna.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Como actuación que también pudiéramos llamar pública formé, parte de una estudiantina en los Carnavales, dos o tres años, que me produjeron algunas pesetillas, aparte de la distracción, que era el principal aliciente para mí de todas mis actuaciones.

Dábamos pequeños conciertos en familia, al piano mi cuñada Carmen o mi hermana Encarnita, o a la guitarra algún amigo aficionado.

En mis viajes a Murcia para estudiar en la Universidad, el violín siempre me acompañaba, y allí, además de dedicarle breves ratos de solaz en mi cuarto, hallé a veces algún amigo con quien formar dueto de violines o de violín y piano. Recuerdo de una noche de primavera que algunos condiscípulos me instaron a pasearnos por algunas calles con mi violín, tocando de vez en cuando en las más solitarias y obscuras, que eran entonces la generalidad. En el silencio de la noche y al aire libre, el violín era más melodioso y sonoro, y algunos balcones y ventanas se abrían al conjuro de su música. A una de aquellas ventanas se asomaron una noche dos o tres personas y nos invitaron a subir, lo que hicimos con gusto sabiendo adónde íbamos, pues se trataba del diario "La Verdad", cuyos redactores y demás personal que se hallaban entonces en pleno trabajo nos recibieron amablemente y en el número del día siguiente dieron cuenta de esa muchachada con grandes elogios.

Y finalmente me distrajo mi violín en el exilio, ya muy avanzado éste, luego que pudo serme enviado. En el delicioso pueblo de los Pirineos, Amélie–les–Bains, donde residí al principio y en donde me gustó luego pasar cortas temporadas de vacaciones cuando ya tenía mi domicilio en París, conocí al final de la década de los años 40 a un viejo marino de guerra francés jubilado y a su esposa, con quienes entablé cordial amistad que nació precisamente de mi afición al violín y de ser la señora excelente pianista, lo que dio lugar a que yo frecuentara su casa y que juntos ejecutáramos allí en la intimidad conciertos de música clásica entre la que puedo citar las romanzas en "fa" y en "sol" de Beethoven, el concierto para violín de Mendelson, trozos de Vivaldi, Mozart, Rameau, trozos de Falla, Granados, Albeniz, etc. No se piense que todo esto salía a las mil maravillas ni que yo me lo creía, pues me daba cuenta de que era de mi parte una osadía atacar alguna de esas obras, de las que a veces tenía que saltar los trozos de mayor dificultad; pero ya que la ejecución hubiera de ser mediocre, por lo menos que el programa fuera excelente.

Algunas veces no estábamos solos, pues amigos del matrimonio venían a pasar el rato. Recuerdo a dos señoras una tarde, que nos hicie-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ron los elogios de ritual y se marcharon, al parecer, muy satisfechas. Dos o tres días después, hallándome en casa de aquellos señores, solos los tres, tomando el té, repiquetearon a la puerta de cristales que daba a la calle las dos mismas señoras, que iban de paso. Salió la dueña y yo oía su conversación con ellas y que al final les decía: "está aquí el señor Martínez con su violín, entren, entren si quieren escucharnos"; a lo que ellas respondieron súbitamente, poniendo de frente las manos y despidiéndose: "No, no, muchas gracias, tenemos mucha prisa, mucha prisa, adios...", y marchándose aceleradamente, como quien huye; lo que me dio la medida de lo que mi concierto de días antes les había gustado.

Personalidades albacetenses de finales del siglo XIX.

Esta es, pues, la modesta historia de mi violín desde que cayó en mis manos hace más de setenta años.

Pero un violín es inmortal y nadie puede saber lo que le reserva el porvenir al mío, que ahora está arrinconado, esperando que un día alguno de mis bisnietos lo saque de su largo letargo y le diga, como a Lázaro, "levántate y anda".

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

FEBRERO DE 1939. COMIENZA MI EXILIO

LAS ROSQUILLAS DE AMELIE-LES-BAINS

EN el sur de França, en los Pirineos, muy cerca de la frontera con España por Cataluña, se encuentra el encantador, pulcro y pintoresco pueblo de Amélie-les-Bains. Emplazado en un fértil y pequeño valle formado por suaves montañas cuajadas de arbolado, en la confluencia misma de dos arroyos, el Tech y el Mondoní, goza de un clima benigno y soleado y explota sus aguas termales sulfurosas en dos establecimientos llamados: Termas Romanas, el más antiguo, cuyo nombre revela su origen, y Termas Pujades, el otro; circunstancias todas estas que le dan vida y distracción.

Allí me llevó el destino en los primeros días de febrero de 1939, cuando crucé la frontera al evacuar las fuerzas republicanas la región catalana, donde yo me hallaba al final de la guerra civil, y allí viví los tres primeros años de mi largo exilio, que duró luego cuatro años más en Méjico y veintiséis en París, hasta el año 1972 en que regresé a España.

Por mi condición de Diputado y sobre todo de Consejero de Estado, residía yo en Barcelona, donde tenía su sede el Gobierno de la República, cuando vino el derrumbamiento de aquella zona y el éxodo en masa y en número de algunos cientos de miles de personas, yo entre ellas, hacia Francia. Describir este episodio bíblico es cosa que no acertaría mi pluma a plasmar. Nuestras fuerzas militares se iban retirando con cierto orden hasta la frontera, donde eran desarmadas e internadas. La población civil huía como podía, en vehículos de todas clases o a pie, llevando a cuestas los pocos enseres que se podían soportar y a veces niños pequeños, primero por carreteras y caminos, como un inmenso hormiguero, luego por senderos y atajos, buscando alguna entrada a Francia más fácil y expedita.

Mi suerte me ayudó en esta ocasión, pues disponiendo yo en Barcelona de mi automóvil, pude salir en él desde allí y viajar hasta uno de los pueblos fronterizos, Darnaiaus, llevando, claro está, a otros emigrantes, y luego, abandonándolo en la montña por acabarse allí la carretera, continuando a pie por senderos más o menos abruptos, acaso

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

por los que había pasado ya Antonio Machado, hasta el primer pueblo francés, Les Illes, donde los pocos que componíamos esa expedición pudimos al fin dormir tranquilos. Pero ¿qué sería de nosotros después? Separado de mi mujer y de mis hijos, que habían quedado en Albacete, yo en país extranjero, sin medios de vida nada más que para algunos días.

En fin, sin pensar más, había que confiar en la Providencia y seguir adelante. Así es que al siguiente día marché sin dificultad a Perpignan, donde solicité de la autoridad competente un permiso de residencia, que se me concedió sin dificultad a la vista de mi documentación española, señalando como lugar el pueblecito antes nombrado de Amélie–les–Bains.

Entrando en la casa de Pablo Casals en Prades, en 1951. En primera fila, Don Diego Martínez Barrios, Gordon Ordás y otras personalidades de la España Republicana en el exilio.

Eramos muchos los españoles que en esas condiciones nos hallábamos disperoso por todos los pueblos de ese Departamento fronterizo que lleva el nombre de "Pirineos Orientales" y cuya capital es Perpignan. Pero, los cientos de miles más, entre los que se hallaban los soldados, ¿dónde estaban? Pues a esa masa ingente que durante días y días penetraba sin cesar y que superaba a lo que habían podido prever las autoridades francesas, habría que albergarla y alimentarla y aun vigilarla, para lo cual hubieron de improvisarse campos de concentración –en Argelés, Baccarés, Saint–Cyprien, etc.– entre el mar y unas alambradas vigiladas por soldados senegaleses.

Nosotros, pues, los que nos hallábamos en libertad, no podíamos menos de considerarnos felices en nuestra situación, a pesar de todo,

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

en espera de cuál pudiera ser en definitiva el final de la guerra: ¿una transacción por mediaciones extranjeras o una amnistía próxima de parte de los vencedores?, en fin, algo que abriera un horizonte a nuestro espíritu abatido, en orden al reintegro al seno de nuestras familias y de nuestra patria, considerando al fin como un bien el que la guerra hubiera acabado, aun en contra nuestra, y que con la paz se restableciera la fraternidad entre todos los hijos de nuestra amada España.

Por cierto que en mi primera gestión cerca de las autoridades francesas, al solicitar y obtener la autorización precaria y temporal de residencia, recibí la primera lección del exilio. Fue después de haber formulado yo verbalmente mi petición –para poder residir en libertad y no en un campo de concentración– y de exigir mis documentos que acreditaban mi condición de abogado, Diputado a Cortes y Consejero de Estado, el funcionario me preguntó cuánto dinero poseía yo, a lo que respondí que 350 francos, más unos pocos billetes españoles de la zona republicana, oído lo cual y tras una escrutadora mirada aún del referido funcionario a toda mi persona, me otorgó el permiso. Esta mirada a mi traje me recordó aquellas palabras de Crispín en "Los intereses creados", cuando su compinche Leandro le ha hablado de vender su traje señorial para comer los dos: "Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido. ¡Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece! " El mio debió de parecer bastante decente al funcionario para otorgarme el permiso, aunque limitado a sesenta días, que era hasta donde podían bastarme mis escasos fondos. Allí comprendí ya que los títulos y honores logrados con el trabajo y la estimación ganada por una conducta honrada, se pierden al salir de la patria con la condición de exiliado, y que sólo se es entonces lo que se tiene o aparenta.

Todo lo había perdido. Había, pues, que partir de cero, en un medio desfavorable, y empezar por ver el modo de ganarme la vida.

No era fácil hallar de momento ocupación adecuada a mi formación, aparte de que no estábamos autorizados para la mayor parte de los trabajos. Pero la suerte me favoreció también en este trance, pues las Cortes, que como tales seguían conceptuándose fuera de España, pagaron sus modestos haberes a los Diputados en ese mes de febrero y durante algunos más, con lo cual, añadido a lo poco que saqué de España, más el producto de algunas lecciones, pude vivir en Amélie-les-Bains con extremada modestia, que al fin no era la miseria, y sobre todo fuera de esos campos de concentración de donde nos llegaban noticias entristecedoras.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

En efecto, aquellos campos improvisados carecían al principio hasta de barracones y de aguas verdaderamente potables, lo que ocasionaba disenterías y muertes; se carecía, pues, de lo indispensable y eran los propios internados quienes con los escasos materiales que llegaban a sus manos, como Robinson, fueron fabricando sus utensilios más precisos y hasta algún aparato de radio, pasando por sellos de carbón en polvo envuelto en papel de fumar para combatir las diarreas.

En Amélie–les Bains, me instalé en modestísima pensión, y en ella viví hasta mi marcha a Méjico, tres años después. Erámos pocos los huéspedes, todos estables, entre ellos otro español también exiliado, el Dr. Pagés, con quien trabé cordial amistad, a la cual contribuyó, además nuestra común condición de expatriados, el ser ambos de una misma edad y estar equiparados en la modestia de nuestros recursos precarios de vida y en la manera ordenada y austera de administrarnos, que consistía en pagar el módico pupilaje y en privarnos de todo lo demás, como el café, el cine y hasta el periódico; ninguno de los dos éramos fumadores. Y contaré, para acabar, una cosa curiosa.

Eran renombradas allí unas rosquillas, y ya el Dr. Pagés y yo, al cabo de muchos meses de vida más que austera, decidimos un día echar una cana al aire y obsequiarnos cada uno con un cuarto de kilo de tan delicioso manjar.

Juntos marchamos hacia la confitería, y estábamos ya cerca cuando tropezamos con nuestro buen amigo y compatriota exiliado como nosotros don Leonardo Garrigues, que venía en dirección contraria, camino del estanco, a comprar su periódico y su tabaco, para instalarse luego ante su cerveza en el "Café del Aude", según su costumbre de cada día.

Era este buen amigo persona culta y bondadosa, que había desempeñado un alto cargo y vivía allí, como nosotros, con familia, con recursos también muy limitados, pero que le permitían, según se ve, esos gastillos supérfluos de los que nosotros nos veíamos privados. Así, pues, nuestra sorpresa fue grande cuando al decirle adónde ibámos, lanzándonos una mirada iracunda nos dijo en tono de reproche: "¿A comprar rosquillas? ¿Rosquillas? ¡Yo pan para mis hijos!" Y volviéndonos la espalda, siguió calle abajo, mascullando todavía: "¡pan para mis hijos! ¡pan para mis hijos!" camino de su periódico, su tabaco y su cerveza.

¡Ah! pensamos, cuán corriente debe de ser lo de tener dos medidas: una para sí, ancha, y otra para los demás, más estrecha.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Y seguimos para la confitería, donde compramos las rosquillas, que nos supieron a gloria, y que a mí me recordaron las muy famosas de San Isidro y las de la Tía Javiera, de Madrid, que en mi infancia nos traía mi padre a casa con ocasión de algunos de sus viajes a la Corte.

Repetimos luego, espaciadamente, estas modestas y casi infantiles y únicas expansiones, pero cuidándonos ya siempre de esquivar a nuestro amigo Garrigues, para evitarnos nuevos reproches.

Junto a Pablo Casals, Prades, 1951.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Maximiliano Martínez hacia 1955.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

EN MEJICO: RENACEN LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS. SIGUE EL PERIPLO

NUESTRAS esperanzas de pronto regreso a España iban sufriendo alternativas, pero sin abandonarnos jamás. Seguíamos viendo próxima la victoria de los aliados y con ella el cambio de régimen en todos los países europeos de signo autoritario o más o menos afines a Alemania e Italia con sus sistemas totalitarios, entre los que descollaba España. Y al desaparecer el régimen franquista, ¿cuál podría reemplazarle sino el vencido en la guerra civil y que no había por ello perdido su título de legitimidad?

Así es que se pensó en reconstituir las Instituciones de la República con aplicación estricta de la Constitución de 1931 y en las personas que la encarnaban, a saber: las Cortes elegidas en 1936, que conservaban su vigencia conforme al artículo 59, por no haber sido reemplazadas aún por otras elegidas por sugragio universal, y la Presidencia de la República en la persona del Presidente de aquéllas y Vicepresidente de ésta, D. Diego Martínez Barrio, que se encontraba presente en Méjico.

Así es, pues, que, una vez terminada la guerra mundial, fue aquello lo que tuvo lugar el día 17 de agosto de 1945, a las cuatro de la tarde, en el salón de los Cabildos de la capital mejicana, cedido por su gobierno, donde se reunieron las Cortes de la República Española, con asistencia de un centenar de Diputados y adhesión posterior de otros tantos, o sea de la totalidad de los que estábamos en el exilio, y prestó el señor Martínez Barrio promesa de fidelidad a la República y a su Constitución, quedando así investido de su función de Presidente de aquélla. Fuerzas militares de Méjico rindieron honores. Si hizó la bandera de la República a los acordes del Himno de Riego y, en presencia de embajadores de numerosos países y mucho público. El acto resultó brillantísimo. Y al día siguiente el Presidente nombró Gobierno, presidido por don José Giral.

Las Instituciones de la República fueron luego reconocidas como legítimas por Méjico, Yugoslavia, Venezuela, Panamá, Guatemala, Costa Rica, Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Hungría y no recuerdo si algún país más.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Otros, más reservados, no les ocultaron su simpatía y les dieron su apoyo, en particular Francia, que unos meses después les dio asilo en París, facilitándoles un palacio en la Avenida Foch y algún otro edificio para oficinas y para residencia del Presidente Martínez Barrio, que llegó a París el 12 de marzo de 1946, siendo recibido con los honores de un Jefe de Estado.

En Méjico, junto a D. Diego Martínez Barrios y el Vicealmirante Fuentes.

El alborozo, la esperanza, qué digo la esperanza, la seguridad de un pronto retorno a la patria, me empujaron pronto para Francia, donde estaría más cerca de España en el momento en que se abriera la frontera, y acaso pudiera anticipar el encuentro con mi mujer y mis hijos con una visita de ellos.

Salí, pues, el día 3 de agosto de 1946, en un tren, para Nueva York, donde tenía que embarcar para Burdeos unos quince días después, así que tuve tiempo de recorrer aquella descomunal ciudad y de conocer algunas de sus cosas características: sus enormes rascacielos, que ganaban en altura lo que no podían conseguir en extensión; el cuadriculado de sus rectas avenidas y calles, aquéllas de Norte a Sur, éstas de Este a Oeste, y la numeración de unas y otras, en vez de nombres, lo que me permitió orientarme el mismo día de mi llegada; el Wall Street, barrio en el Norte, más antiguo, no cuadriculado y con nombres en las calles, donde está la Bolsa; el barrio negro, no en las afue-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ras sino en el centro–sur, atravesado por algunas de las suntuosas avenidas; los "self–service", restaurantes allí muy corrientes y luego generalizados en Europa; y en fin, esos lápices estilográficos cuya punta es una bolita de acero, los llamados hoy en español con afortunado neologismo "bolígrafos", de los que adquirí uno, que fue de los primeros que se vieron en Francia.

En fin, embarqué en un paquebote francés, pasé ante la estatua de la Libertad, y tras una feliz travesía de cinco o seis días llegué a Burdeos, de donde seguidamente me trasladé a París.

En esta hermosa ciudad me instalé en un Hotelito, en la Avenida de La Bourdonnais, contigua al Campo de Marte, donde está la Torre Eiffel, que vi desde mi ventana, casi al alcance de mi mano, y que la había de seguir viendo así durante veintiséis años.

En París, octubre de 1962.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Lugar entrañable para Maximiliano Martínez, Hotel Kensington en París, donde se hospedó durante varios años. Junto a él Gordon Ordás. Noviembre de 1951.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LA FIESTA DEL ARBOL

CUANDO regresé de mi largo exilio, en el año 1972, me complací en dar algunos largos paseos por la ciudad y sus aledaños para conocer sus cosas nuevas y para despertar en mí, en las viejas, dormidos recuerdos. Uno de aquellos paseos fue a los jardines de la Fiesta del Arbol, a los que había yo tenido el honor de contribuir con la plantación de una acacia, como alumno de una escuela de párvulos.

A su vista rememoré aquel tan remoto y venturoso día de la plantación, en el que los niños de las escuelas, principales protagonistas, fuimos obsequiados allí por el Ayuntamiento con un bollo, una onza de chocolate y una naranja. Asistieron también autoridades, maestros y padres; y quizá se pronunciaron algunos discursos. Cada niño sostuvo el plantón que le había correspondido y que desde entonces había de ser su árbol. Acabada la fiesta nos dispersamos alegre y bulliciosamente de retorno a la ciudad, dejando atrás la incipiente arboleda que debería ser más adelante frondoso parque y de la cual nosostros, con nuestra tierna edad, veníamos a ser en cierto modo padrinos o tutores.

Mi padre tomó en serio esa función que era la primera que recaía en su hijo de seis años, y con la afectividad que le caracterizaba se encariñó de mi árbol y me ayudó a cumplirla, comenzando por ponerle un anillo con mi nombre que abrazaba su tronco y gratificando de vez en cuando al guarda y jardinero para que lo hiciera objeto de un cultivo esmerado. Frecuentemente me llevaba allí, juntamente con alguno de mis hermanos menores, a merendar y visitar mi querida acacia, que crecía frondosa y bien cuidada, descollando en ese pequeño parque en el que había también olmos y moreras.

Andando el tiempo continué el hábito de visitar mi árbol que, luego a luego, al desarrollarse, perdió el anillo, pero que yo identifiqué siempre entre todos, que se habían hecho más numerosos por virtud de fiestas sucesivas que se hicieron aún algunos años y en las que yo ya no había participado.

Supe mucho más tarde que la celebración de esas Fiestas del Arbol anuales había sido instituida por Decreto del año 1904 y que la primera que se hizo en Albacete y que sin duda es la de mis recuerdos

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tuvo lugar en el año siguiente en el mes de marzo. Feliz idea la que inspiró al Gobierno y loable celo el de las autoridades, maestros y funcionarios locales que supieron ejecutarla sin dilación en la forma que dejo dicha. De allí nació en mí, sin duda, mi amor a los árboles.

Albacete, marzo de 1979. Maximiliano Martínez conversando con José Prat en el acto del Partido Socialista para las Elecciones Municipales.

Recorriendo luego nuestros campos manchegos y los de otras regiones, así como los de Francia y Alemania, me he dado cuenta de la desnudez de aquéllos y de lo necesario que nos es, en nuestra región sobre todo, el incremento del arbolado, no sólo a cargo del Estado y de su cuerpo técnico, que sin duda cumplen celosamente ese cometido, sino también de los municipios y particulares; política que debe iniciarse ya en las escuelas, inculcando a los niños el amor al árbol, e instruyéndolos de su utilidad no sólo por sus frutos, cortezas, maderas y resinas, sino además, por sus efectos benéficos en la protección y fijación del suelo, en la conservación del grado de humedad, en el régimen de lluvias, en la purificación de la atmósfera, en la moderación de la temperatura; amén de que recrean la vista y dan sombra al caminante.

Continúen, pues, esas plantaciones en todos los pueblos y más señaladamente en los de escaso arbolado, con la colaboración de maestros y niños; que se fomente también el arbolado en los campos; que Espa-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ña toda se vista de frondas como en remotos tiempos, cuando el Libro de la Montería, de Alfonso X, consignaba la enorme riqueza forestal que cubría espacios hoy casi desnudos en gran parte de Castilla y La Mancha.

Nuestra Fiesta del Arbol, que yo no había visitado desde hacía más de cuarenta años, estaba descuidada, sin jardinero, con hierba en los paseos, el diminuto estanque tenía rotos algunos peldaños y estaba seco. Su soledad y abandono despertaban en medio de su tristeza la dulce melancolía de los jardines románticos.

Busqué en vano mi árbol. Las transformaciones sufridas por ese pequeño parque habían cambiado su fisonomía lo suficiente para desorientarme. No localicé el grupo de árboles entre los que se hallaba el mío, ni vi ninguno que destacara como antes por su desarrollo y frondosidad. Y aun pensé si habría sido talado, pues algunos habían sido abatidos y estaban aún tendidos a nuestros pies. Los miré con pena. Alguno de ellos podía ser el que sostuvieron para su plantación mis manos infantiles, el que mi nombre ciñó amorosamente, el que era meta de nuestros paseos inolvidables y llegó a darnos sombra en nuestras meriendas, el que nos daba flores que llevábamos a mi madre, el que creíamos que nos sobreviviría, cual era su destino.

Me invadió la tristeza y emprendí el regreso, evocando en el camino aquel feliz día de mis seis años, con mis camaradas, entre autoridades y maestros, con mi bollo, mi chocolate y mi naranja.

Pero sobreponiéndome pensé con esperanza que ese pequeño parque se embellecerá más todavía; que habrá nuevas fiestas análogas y nuevos niños que planten su árbol y lo protejan con sus cuidados y lo amen como obra suya y como a un ser vivo; que no habrá ningún niño que no haya plantado su árbol; y que España toda será un día, como en la edad dorada, un vergel, una Arcadia, en la que todos sus felices moradores vivirán como hermanos.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Conversando con Don Diego Martínez Barrios, a la izquierda de éste la esposa del Sr. Martínez Barrios, la esposa del Vicealmirante Fuentes y el Vicealmirante. Méjico, abril de 1958.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

UNAMUNO EN ALBACETE

EN septiembre de 1932 vino Unamuno a Albacete, a actuar como mantenedor en unos Juegos Florales. Era su primera visita a nuestra ciudad, que por su desarrollo y crecimiento ininterrumpido desde que en los años 1833 y 1834 fue hecha, respectivamente, capital de provincia y sede de Audiencia Territorial, tenía muy orgullosos a sus hijos. En los últimos años sobre todo, se había urbanizado y contaba ya con calles bien pavimentadas, modernos edificos, suficiente alumbrado, buen comercio, varias fábricas de harinas, su clásica industria navajera en pequeños talleres, un bonito parque y, como siempre, su típica y renombrada Feria.

Pero ¡ay! sin murallas, ni castillos, ni torreones, ni palacios, ni colegiatas, ni acueductos; sin obras artísticas; sin ningún vestigio de un pasado remoto; sin el recuerdo de ningún gran hecho histórico. En los tiempos en que se forjaba la rica historia de nuestra patria, que tantas huellas ha dejado en rincones hoy pobres y abandonados, Albacete era un campo despoblado o acaso un caserío dependiente de Chinchilla, en aquella llanura que le dio su nombre árabe de "Al-basit".

Así, nuestro eximio huésped, que no veló ni disimuló nunca sus juicios, nos echó un jarro de agua fría al oírle decir, paseando por sus calles: "Esta población no me dice nada".

Poco antes, Azorín la había llamado "la Nueva York de la Mancha", en razón a sus nuevos y altos edificios. Pero esta hipérbole no estaba en contradicción con el pensamiento del gran don Miguel, que habría exclamado probablemente lo mismo ante la gigantesca urbe americana. No me atreví a preguntarle si nuestra ciudad, que no le decía nada cara al pasado, le decía algo cara al porvenir; ni a argüirle que una población sin historia y sin reliquias puede ser interesante por su impulso frente al mañana; y que si unas ruinas evocan un glorioso pasado, unos solares pueden anunciar un espléndido porvenir.

Su presencia nos cohibía un poco. Con él, más que diálogo había un monólogo de su parte, que nosotros escuchábamos con interés.

Hallándonos a la mesa de un café, con un catedrático del único Ins-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tituto de Enseñanza Media que había en la provincia, Unamuno preguntó a éste, a boca de jarro, cuál era la filosofía que enseñaba a sus alumnos; y se le quedó mirando fíjamente con sus ojos penetrantes a través de sus gafas redondas, en espera atenta de su respuesta y ante el silencio expectante, como era natural, de los que allí estábamos. Podía con ese motivo entablarse entre los dos hombres un interesante diálogo.

Leyendo un discurso con motivo del acto de conmemoración del comienzo de la II República Española.

El catedrático albacetense, que era inteligente y culto, pero modesto y tímido, quedó desconcertado, en la situación comprometida de un examinando frente a aquel gran maestro, cuyos ojos refulgían, y de aquel público que esperaba con curiosidad la respuesta y la réplica. Era para él una situación de esas de itierra ţrágame! Y al fin, rehuyendo el fondo de la cuestión, respondió evasivamente y con embarazo:

– Les explico generalidades... poca cosa... algo elemental... son muy jóvenes...

A lo que Unamuno, defraudado, quitándole la vista de encima dijo:

– ¡Ya!

Con lo que quedó acabado el diálogo, en un silencio embarazoso.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Se contaban de él frases y anécdotas, para mostrar, ora su gran inteligencia, ora su carácter. Referiré sólo una de éstas.

Había sido invitado a una sesión de espiritismo, organizada en honor suyo. Era neófito en esta materia y huelga decir la curiosidad y atención que puso en ello.

Los anfitriones se esmeraron en todo, y como a un intelectual de tal alcurnia no se le podía presentar un espíritu cualquiera, se eligió el de Cervantes, que acudió solícito y fue contestando prolijamente a todas las agudas preguntas de su ilustre interlocutor, Unamuno, por conducto de la medium, que era bastante locuaz.

Acabada la sesión, dijo que el experimento había sido muy interesante y que tendría que meditar sobre él, pero que le había causado honda tristeza ver cuánto había decaído el espíritu de Cervantes en el otro mundo.

Y como la medium le preguntara cómo había observado eso, le respondió:

Porque no ha dicho más que tonterías.

Así se cuenta.

En fin, refiriéndome de nuevo a su visita a Albacete, me complace decir que finalmente elogió el progreso de la capital, y que en breve recorrido por la provincia se extasió en particular ante Alcaraz y Chinchilla, únicas poblaciones que fue posible hacerle ver, y que éstas, claro está, sí le dijeron algo.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Editorial Municipal
Ayuntamiento de Albacete

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»